

EDUARD LIMÓNOV: EL ÚLTIMO BÁRBARO DE EUROPA

Eduard Limónov (22 de febrero de 1943 — 17 de marzo de 2020) odia a la gente que acepta su destino. Odia a las personas que pasan cuarenta años en la misma fábrica. Odia a las personas funcionarias. Odia a los prudentes. Odia a las personas satisfechas. Odia a cualquiera capaz de vivir una vida pequeña sin sentir vergüenza. «*Toda mi vida he detestado a la gente normal.*»

Había nacido en Járkov, una ciudad de humo, acero y hombres derrotados. Járkov huele a carbón, vodka y sangre. La nieve cae sobre las fábricas y se vuelve negra antes de tocar el suelo. Las chimeneas escupen humo sobre bloques de hormigón donde la gente envejece a los treinta años. Los hombres salen de los turnos con las manos agrietadas y los pulmones llenos de hollín. Beben. Golpean la mesa. Golpean a sus hijos. Duermen vestidos. Regresan a la fábrica. Esperan la muerte. Las mujeres hacen cola para conseguir pan. Los muchachos aprenden a pelear antes de aprender a amar. Los cuchillos cambian de bolsillo con la misma naturalidad con la que otros cambian de opinión. Aquello era el futuro que le esperaba. Y desde niño decidió que prefería morir. «*Desde niño estaba convencido de que estaba destinado a algo grande.*»

Todavía se llamaba Eduard Savenko. Limónov vendría después. El nombre procede de *limonka*, la granada de mano soviética. Pero *limónov* también significa limón: acidez, amargura. El pseudónimo era perfecto. Mitad fruta. Mitad explosivo. Mitad poeta. Mitad arma arrojadiza. Savenko quería desaparecer. Limónov quería detonar. Y lo consiguió.

Su padre era agente de la policía política. Su madre, costurera. La Unión Soviética soñaba con fabricar ingenieros, militares y funcionarios obedientes. Produjo un bárbaro. Eduard leía poesía y salía a pelear. Llevaba versos en un bolsillo y una navaja en el otro. Robaba. Mentía. Se enamoraba. Se peleaba otra vez. No quería ser feliz. Quería ser legendario. Miraba a los obreros de Járkov y sentía terror. No miedo al trabajo. Miedo a parecerse a ellos. Miedo a despertarse un día convertido en un hombre razonable. Aquello le parecía peor que la muerte. «*La seguridad me produce horror.*»

La provincia soviética le producía asco. «*Odiaba la vida soviética. Me parecía una vida de insectos.*» Por eso se convirtió en poeta clandestino. Por eso se convirtió en poeta clandestino. Por eso se vestía como un dandi entre edificios miserables. Comprendió algo esencial: los marginados suelen estar más vivos que la gente respetable. Porque los respetables ya están muertos. Simplemente todavía no lo saben. «*Yo siempre he preferido a los canallas. Son más interesantes.*»

Moscú lo recibió con indiferencia. Aquello le gustó. Toda gran ciudad es una máquina para triturar ambiciones. Vivió en apartamentos comunales, pasó hambre y conoció a la *intelligentsia* soviética. Los despreciaba. Veía en ellos una colección de cobardes que soñaban con Occidente mientras seguían pensando como funcionarios. Quería otra cosa. No

quería comodidad. Quería intensidad. Quería exceso. Quería aventura. Quería convertirse en personaje antes que en escritor. Por eso, el exilio le pareció inevitable.



En 1974 abandonó la Unión Soviética. Nueva York lo recibió con una patada en la boca. Vivía en habitaciones infectas. Dormía en sofás. Trabajaba como criado de millonarios. Veía a los ricos comer caviar mientras él apenas tenía dinero para cigarrillos. Los odiaba. Los envidiaba. Quería ser ellos y destruirlos al mismo tiempo. «*Era pobre, estaba humillado y quería conquistar América.*» Recorría Manhattan como un zar destronado. Un príncipe sin reino. Un poeta ruso convertido en sirviente. Aquella humillación lo alimentó. Porque Limónov escribía mejor cuando estaba herido. Necesitaba el resentimiento como otros necesitan amor. «*Nunca he querido ser feliz. He querido vivir intensamente.*»

De aquella rabia nació **Soy yo, Édichka** (1979). Lo escribió en Nueva York, prácticamente sin dinero, mientras su matrimonio se derrumbaba y vagaba por una ciudad que le fascinaba y le repelía al mismo tiempo. No es una novela sobre América. Es una novela sobre la humillación. Sobre la insostenible sensación de haber nacido para algo grande y terminar sirviendo copas a los ricos. El libro está escrito con hambre. Está escrito con semen. Entre las líneas rebosa orgullo herido. Por las hojas se derrama su resentimiento. Escandalizó a medio mundo. Perfecto. A Limónov le encantaban los escándalos. «*La literatura debe ser peligrosa.*»

Después llegó París. Por primera vez, se convirtió en un escritor conocido. Vivía entre periodistas, intelectuales, mujeres hermosas y cafés en los que se desarrollaban conversaciones interminables. Pero incluso allí siguió sintiéndose extranjero. «*Nunca me he sentido en casa en ninguna parte.*» Durante aquellos años escribió **Diario de un fracasado** (1982). El título es engañoso. Porque Limónov nunca se consideró un fracasado. El libro habla de pobreza, alcohol, amantes perdidas y derrotas cotidianas, pero también del orgullo feroz de un hombre que se niega a arrepentirse por su vida. La derrota, para él, podía ser hermosa. La resignación jamás. En París escribió también **Historia de su servidor** (1983). Un libro brutal sobre la dependencia, la humillación y las

relaciones de poder. El amor aparece como una guerra. El deseo aparece como una forma de esclavitud. Nadie sale limpio de sus páginas. Ni siquiera el propio autor.

Ese mismo año también publicó **El adolescente Savenko** (1983). Necesitaba volver al origen. Necesitaba regresar a las calles heladas. Necesitaba retornar a las primeras peleas; a los primeros poemas; y, al muchacho que todavía no se llamaba Limónov. Todo estaba ya allí: la rabia, el orgullo, la sensación de estar destinado a algo distinto. Es la novela del nacimiento de un bárbaro.

Después llegaron **El poeta ruso prefiere a los negros grandes** (1985) y **El joven sinvergüenza** (1986). En ambos libros sigue apareciendo el mismo personaje: arrogante, hambriento, sexual, ridículo y orgulloso. Un hombre que convierte cada derrota en material literario. Nueva York aparece como una Babilonia moderna. París aparece como un escenario elegante y decadente. Y él continúa siendo un extranjero. Un hombre sin patria. O, mejor aún, un hombre cuya verdadera patria era la aventura. «*Un hombre debe vivir de manera que su vida merezca ser escrita.*»

Y después llegó **El verdugo** (1986). Quizá uno de sus libros más incómodos. Quizá sea uno de los más oscuros. La violencia, la dominación y la crueldad aparecen aquí de forma obsesiva. Es el libro de un hombre que empieza a comprender que la brutalidad forma parte inseparable de la naturaleza humana. Europa comenzaba a cansarle: demasiados restaurantes; demasiadas opiniones; demasiadas personas satisfechas de sí mismas. Necesitaba acontecimientos. Necesitaba riesgo. Necesitaba historia. Por eso fue a los Balcanes. Porque intuía algo que casi nadie se atreve a admitir: la guerra revela el verdadero rostro de los hombres. «*La aventura es una de las pocas cosas que hacen soportable la existencia.*» A diferencia de los escritores burgueses, que contemplan las tragedias desde las ventanas de los hoteles, Limónov necesitaba acercarse al fuego. No quería mirar. Deseaba participar.

La caída de la Unión Soviética le produjo un dolor auténtico. No porque amara el régimen. Lo había detestado toda su vida. Pero contempló cómo un imperio entero era sustituido por bancos, anuncios luminosos y oligarcas. «*Los años noventa fueron una época de humillación nacional.*»

Regresó a Rusia. Y por primera vez en mucho tiempo volvió a sentirse en el centro de la historia. Fundó el Partido Nacional Bolchevique. Participó en manifestaciones. Conspiró. Provocó. Escandalizó. Parecía dispuesto a vivir una nueva juventud. Los liberales lo consideraban un monstruo. Los nacionalistas desconfiaban de él. Los comunistas lo odiaban. Él disfrutaba de todo. «*Si todo el mundo está de acuerdo contigo, significa que no has dicho nada importante.*» Y entonces llegó la cárcel. Muchos hombres habían terminado allí. Limónov volvió a empezar. Leyó. Escribió. Esperó. «*La prisión no me destruyó. Me dio tiempo.*» De aquella experiencia

surgió **En prisión** (2003). No hay arrepentimiento. No hay disculpas. Sólo hay observación. Solo hay paciencia, a la que se suma una extraña serenidad. Comprendió que los delincuentes y los derrotados suelen poseer más humanidad que las clases respetables. Porque todavía son capaces de arriesgarlo todo. Porque todavía desean.

Poco antes había publicado **El libro de las aguas** (2002). Quizá sea su obra más hermosa. Quizá sea la más triste. El bárbaro envejece. Empieza a recordar. Cada río, cada mar, cada baño se convierten en una puerta hacia una vida anterior. Mujeres. Amigos muertos. Guerras. Amantes. Ciudades. Derrotas. Por primera vez aparece algo parecido a la melancolía. No se arrepiente. No siente compasión. Ni por él ni por nadie. Simplemente contempla el incendio de su propia vida.

En **El libro de los muertos** (2007) convoca a todos sus fantasmas. Invita a amigos, enemigos, poetas, políticos, amantes... sin añoranza. Los resucita. Se niega a aceptar que desaparezcan. Porque toda su obra constituye una rebelión contra el olvido.

Y en **Zona industrial** (2007) regresa definitivamente a Járkov. Regresa al humo, al frío, a las fábricas, y, en definitiva, se encuentra con el muchacho que observaba a los obreros regresar del trabajo y pensaba: antes muerto.

Toda la obra de Limónov constituye en realidad una única novela gigantesca. El protagonista cambia de ciudad, de mujeres, de ideología y de uniforme. Pero nunca cambia realmente. Sigue siendo el mismo muchacho de Járkov. El mismo animal orgulloso. El mismo hombre incapaz de aceptar una vida sin intensidad.

Murió en 2020. Tenía setenta y siete años. Había sido poeta, delincuente, mendigo, criado, exiliado, combatiente, preso, revolucionario, dandi, y provocador. Había amado demasiado. Había odiado todavía más. Y seguía pareciendo peligroso. Como si aún estuviera dispuesto a empezar otra vida. No fue un santo. No fue un demócrata ejemplar. No fue un hombre coherente. Pero tuvo algo que escasea en nuestro tiempo: estilo propio e ingobernable. Entendía que la existencia debía ser una obra de arte; que un hombre puede fracasar en todo y, aun así, vivir magníficamente. «*He intentado vivir de manera interesante.*» Es una frase modesta. Resulta casi ridículamente modesta. Porque en realidad intentó algo mucho más ambicioso: vivir de tal manera que su vida se pareciera a una novela.

Y lo consiguió. Por eso, cuando hayan desaparecido los nombres de la mayoría de los políticos, empresarios y comentaristas de su tiempo, probablemente seguirá sobreviviendo su sombra. Es la sombra de un hombre que se negó a ser razonable; la de un hombre que quiso vivir varias vidas. Es la sombra de un hombre que entró en el siglo XXI como

un bárbaro que se hubiera equivocado de época. Mitad poeta. Mitad granada de mano. «*No me arrepiento de nada.*» Sólo un bárbaro puede permitirse decir eso. Y Eduard Limónov fue el último de ellos.

Asier Bravo

PANDORA CUMPLIO AÑOS

Y lo hizo calladamente, sin pena y sin gloria. Apenas se desató un tenue debate: que si los artículos son demasiado largos, que si la longitud de los artículos es la adecuada. Todos los lectores se fueron alineando.

Los primeros argumentaban que dividirlos para ir publicándolos por entregas podría ser interesante. No sé para qué: para generar continuidad en el seguimiento; para generar deseo... Si resulta que lo que nos sobran son deseos, y a menudo nos olvidamos de saciarlos. Ahí andamos, saltando de deseo en deseo, sin posibilidad alguna de satisfacción, amontonando frustraciones varias, y calmándolas con una tolerancia bien desarrollada y con más deseos que le siguen a la zaga. ¿Continuidad? Nos sobra continuidad. De hecho, lo que abunda es el cambio, la cantidad ingente de cambios que simulamos introducir en nuestras vidas para no ver lo que persiste y abruma, lo que ahoga y resulta inimaginable derrocar. Así las cosas, cambiamos de pijama, de esmalte de uñas, de estilo de barba y bigote, de coche, de marca de café, de frutero, de taberna, de raza de perro, de deporte, de odontólogo, de psiquiatra... Hasta hemos inventado el cambio de sexo en el documento de identidad: faltaría más, que no podamos cambiar de sexo... Porque solo cambiando esas cosillas nos parece que somos protagonistas de nuestras vidas y que decidimos, mientras la realidad nos mantiene enjaulados en celdas que ni quisiera son de oro o de hierro, como dijeran los estudiosos. Empiezan a ser jaulas llenas de plástico inservible, basura y mierda cuyo aspecto también cambiamos acudiendo a "interioristas" y "diseñadores" varios, porque ahora toca el minimalismo, luego lo zen; y, después, la ostentación superflua y a menudo, obscena. Sin embargo, no acertamos a cambiar las condiciones de trabajo, no, esas no, esas nos parecen realidades inamovibles. Tanto más inamovibles nos parecen cuanto peores son.

Así las cosas, cambiamos de pijama y hasta de colchón y de almohada, cuando lo que toca cambiar es la forma de soñar un mundo nuevo y el modo de dormir buen y merecido descanso.

Así las cosas, cambiamos de marca de laxante o de astringente, cuando lo que toca cambiar es la forma en que tragamos injusticias, abusos de

autoridad, mentiras y monsergas varias. La ingesta de aberraciones perturba las digestiones, es de sobra conocido. Pero en vez de dejar de engullir mierda, laedulcoramos o la sazonomos para distraer tanto al olfato como al gusto y a la vista. Ya se sabe que las especias son milagrosas. Es más, ya están investigando cómo bloquear determinados detectores de sustancias en nuestras lenguas. Hasta ahora han probado con ratoncillos. En breve, lo ponen todo en marcha con personas. La cosa, el objetivo científico, supuestamente son las razones sanitarias: que la grasa, o el azúcar o la sal no resulte tan atractivo para determinados paladares, cuyos propietarios tengan problemas con esa grasa, ese azúcar, o esa sal... De ahí a bloquear detectores de injusticias no hay más que un paso, uno pequeño.

Entre los lectores del segundo grupo, ese que defendía que la longitud de los artículos era la adecuada, se argumentaba que son los lectores y las lectoras quienes deben decidir qué y cómo se acercan a Pandora. Leer de un tirón hasta hartarse, o interrumpir la lectura para retomarla, e incluso desecharla por completo y darle un mejor uso a la hoja de papel: envolver un bocata... Libertad: libertad para productores en relación con la verborrea, la locuacidad y la hipergrafía; y, libertad para consumidores. La idea es brillante. Ya que tenemos las libertades tan coartadas, y a menudo cercenadas, ¿por qué no reservar este pequeño rincón de dos mil quinientos centímetros cuadrados para la libertad?

Pues lo dicho, Pandora cumplió años sin pena ni gloria y eso nos lleva a pensar que, si los años los hubiera cumplido Sísifo, otro gallo hubiera cantado.

Contamos con la certidumbre de que el aniversario de Sísifo hubiera sido celebrado por todo lo alto: enormes pantallas en plazas, jolgorio en calles, refuerzo de servicios de emergencias, incremento de efectivos de los cuerpos de seguridad, ampliación de horarios en los transportes públicos, despliegue extraordinario de trabajadores de la limpieza, etc. El sistema celebra lo rutinario y la falta de sorpresas; la senda bien marcada entre muros custodiada por concertinas a ambos lados; las ayudas para que el rebaño no imagine, y, por supuesto, ni intente ni luche.

A buen seguro, también el aniversario de Narciso hubiera conllevado fanfarrias, comparsas y eventos varios. Sin embargo, Pandora al cumplir sus veinticinco se quedó sin fiesta de cumpleaños como también se quedaría Ícaro sin celebraciones. La una, por tocar ciertos temas que resultan políticamente incorrectos, por desatar de vez en cuando vientos que ventilan y empujan velas desde proa; el otro, por querer escapar del laberinto y por ignorar las advertencias del padre. Sea como fuere, deseamos a Pandora larga vida y ¡salud!

Sede: Calle Correría, nº 65, bajo.
01001 – Vitoria Gasteiz

Dirección postal: Apartado de correos
1554. 01080 – Vitoria Gasteiz

Dirección electrónica:
cntgasteiz@gmail.com y
vitoria@cnt.es

Tfno.: 945 28 29 74 y 688 86 13 64

Horarios: de lunes a viernes, de 19:00
a 21:00; los miércoles de 10:00 a
12:00; y cada primer sábado de mes,
de 11:00 a 14:00 horas.

Te preferimos presencial, en carne y hueso. No obstante, estamos en:

<https://vitoria.cnt.es/>

<https://x.com/CNTVitoria>

<https://es-es.facebook.com/CNTVitoriaGasteizCNT/>

<https://www.instagram.com/cntgasteiz/>

<https://bsky.app/profile/cntaraba.bsky>